

San José, Costa Rica

30 Junio de 1912

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 36

El derecho a la salud ¹

I

Exposición del tema

Con tranquilo respeto y sin modestia de urbanidad convencional, considero como un gran honor ocupar hoy esta tribuna, y agradezco profundamente esta honrosa distinción al ilustre presidente del Instituto Médico Social de Cataluña, que me ha creído digno de ella.

Confiado en la benevolencia de la docta corporación bajo cuyos auspicios me presento, y en la de mis buenos compañeros trabajadores que han acudido a manifestarme sus simpatías y a animarme, he emprendido este trabajo, dudando de mi competencia, aunque poniendo gran empeño en su realización.

Declaro además que he aceptado este especial empeño por una razón para mí fundamental, en vista de cómo se pierde el tiempo en intransigencias sectarias, dejando en desconsolador abandono los conciertos posibles, racionales y de fuerza positivamente progresiva, y es la siguiente: tras una larga lucha por mi ideal, que he deseado siempre que fuera el ideal único de la humanidad entera, puesto que he procurado fundarle en principios de justicia, en condiciones prácticas, y me le he representado como justificación de la Sociedad, he considerado

que todo idealista ha de persuadir a los otros, no de que el ideal propio es el mejor, sino que todo hombre ha de proponerse, por inteligencia y voluntad propias, un ideal social bueno; todos en el mundo hemos de aspirar a que, conscientes y libres el hombre y la mujer, racionalmente educados en su infancia y en disposición de evolucionar y progresar libremente, vivan en una Sociedad donde por la organización del trabajo, por los servicios públicos y por las instituciones fundadas, desarrolladas por las iniciativas individuales armónicas, hallen todo lo necesario a su existencia, de modo que ésta resulte una vida sana, amplia y feliz.

Así, no por sugestión, no por explotación ni excitación de la voluntad ajena, sino por determinación natural de la voluntad de todos, concordando y coincidiendo con la nuestra y con nuestros motivos determinantes, tendremos, primeramente la prueba evidente, evidéntísima, de la bondad del propio ideal, y después la fuerza necesaria para que de nebulosa pase a convertirse en admirable sistema de movimiento, vida y luz, presidido por esplendente sol de justicia. No mi verdad, que es falible; la mía fundida, refundida y confundida en la de todos es la verdad suprema, infalible, y, en último término, la mía también.

La coincidencia y la acción común

¹ Conferencia leída por Anselmo Lorenzo en el Ateneo Barcelonés, bajo los auspicios del «Institut Mèdic Social de Catalunya», de que es presidente el Dr. Queraltó, el 21 de abril de 1912.

fundada sobre el éxito de tal sistema de exposición, de propaganda y de proselitismo, aspiración verdaderamente racional y práctica, no sólo es la más positiva, la más noble y la más eficaz de todas las propagandas, sino que constituye por sí misma la garantía previa de la justificación social futura y me parece superior al más bello ideal concebido por los soñadores futuristas.

Sea dicho con todos los respetos y deponiendo todo vestigio de animosidad: los sabios graduados por la Universidad suelen despreciar los juicios populares. Para ellos el socialismo de los pobres es un juicio simplista, semejante al del cándido ignorante que cree todavía en la genesiaca inmovilidad de la Tierra, y no hay quien le apee de que el día y la noche se deben a que el firmamento gire sobre sí mismo cada veinticuatro horas; error que tiene fundamento de fe, de tradición y aun apariencia de experiencia. Pero ¿no podría hallarse analogía con tales juicios simplistas de los ignorantes, de los desheredados, de los reducidos a sistemática ignorancia, la opinión de aquellos sabios, de aquellos doctores que tienen por invariable el actual régimen social? Ello es que en este caso concreto ignorantes y sabios ven a su modo un hecho, despojado de antecedentes y consiguientes; juzgan por la primera impresión; no saben ver, y la noción que recibe su cerebro es falsa.

A rectificar juicios de esa índole, a indicar sencillamente una orientación racional tiende hoy mi trabajo.

Los doctores del privilegio, teólogos ó naturalistas, han sólido aconsejar la calma a los desheredados impacientes, y la paciencia fué virtud teologal y virtud cívica, según el punto de vista, premiada con promesas sobrenaturales y a veces temporales por benéficas sociedades burguesas; pero en el día, desde La Internacional, y posteriormente desde las crueles represiones gubernamentales subsiguientes a sus primeros movimientos, la calma es imposible; la antigua virtud ha perdido su pres-

tigio, y los trabajadores, conscientes de su derecho a la salud, piden a la ciencia frutos de justicia.

Mi presencia en esta tribuna representa esa demanda.

Dignificado por mi condición de obrero manual, elevado momentáneamente a esta tribuna después de una vida de cincuenta y tantos años de taller; libre de toda ambición como corresponde a un viejo septuagenario que quiere conservarse digno hasta su último momento, a los hombres de ciencia me dirijo, a los médicos del Instituto Médico Social, considerados, no ya como trabajadores intelectuales, denominación que divide y los separa de los trabajadores manuales, sino como compañeros de trabajo unidos todos en el concepto de la utilidad y la unidad social, y les expongo que vivimos en una sociedad en que se vive sin salud, se muere prematuramente, y que no debiera morir nadie antes de lo que pudiéramos llamar la hora fisiológica.

El hombre menoscabado en su vitalidad natural, el enfermo, lo es siempre por creencias erróneas, por injusticias sociales, por avaricia de lucro. Aparte de otras muchas causas de limitación prematura de la vida, se padece hambre y envenenamiento: la alimentación es deficiente para el pobre en el campo, y en la ciudad, sobre deficiente, adulterada.

He aquí por que una corporación científica ha adoptado la siguiente resolución que merece ser imitada:

«El Sindicato Médico del Sena, que comprende París y sus suburbios, en vista de que los hechos demuestran que gran cantidad de los alimentos de uso diario son adulterados; considerando que los sindicatos médicos en general y los médicos en particular tienen el deber de defender la salud pública, decide continuar el estudio de las falsificaciones, exponiendo públicamente las irregularidades que resulten.»

Compañeros de trabajo he dicho; así se presentan, así quiero verlos, unidos en el pensamiento de defender la salud pública, y esto, no en la for-

ma de corporación privilegiada, de tendencia aristocrática ni burguesa, sino constituídos en simple sindicato, como trabajadores que reúnen la suma de sus derechos imprescriptibles para constituir una fuerza mayor de derecho al servicio de una idea social justa, avanzando en tan noble propósito hasta presagiar que un día sientan la necesidad de entrar, en unión de otros sindicatos científicos, en la gran Confederación del Trabajo, no sólo con la idea transitoria de resistir al mal, sino con positiva competencia y con moralidad impecable, con el propósito definitivo y permanente de reorganizar la producción, los servicios públicos, la instrucción y la higiene de modo que nadie quede exceptuado de los numerosos beneficios del saber y del poder.

Preciso es reconocerlo y declararlo: en el mundo hay sitio para todos unidos en bellísima fraternidad, y si en un momento las fuerzas generadoras llegaran a hallarse excedentes sobre las fuerzas conservadoras, confiemos en que por sí mismas obrarían la necesaria nivelación con la misma natural sencillez que se nivelan las aguas desbordadas. Por el momento, ni hemos llegado a la densidad de población que justifique las sangrías ocasionadas por la guerra y por la miseria, ni podemos quejarnos por la falta de espacio, porque además de los países escasamente poblados, tenemos los desiertos que la ciencia y el trabajo pueden

convertir en parajes habitables. Sin contar que, con los actuales medios de producción, con nuestros conocimientos técnicos y con nuestro poder organizador del trabajo, duplicaríamos la producción, ya sobrante para la totalidad de nuestras necesidades si no existiera el derroche de la vanidad y el monopolio del agio, si no predominara el privilegio.

¿Quién lo duda? ¿Quién puede señalar límites al poder de la ciencia? Recordad que el insigne Berthelot, fundado en los inmensos adelantos de la química, profetizó, sin que la profecía suscitara censuras ni protestas, que en el año 2000, por innecesaria, la agricultura habría desaparecido.

Todos sabéis que si alguien osó hablar de la quiebra de la ciencia fué un doctor sectario que, al ver en absoluta discordancia lo que se cree con lo que se sabe, achacó a debilidades del conocimiento lo que en realidad eran flaquezas de la fe. La ciencia, al contrario, más da cuanto más se la pide, y si por desgracia al presente presta aviadores, submarinos y potente artillería a la guerra, justo y digno es que mañana dé salud, merecida recompensa y vida feliz al trabajador, librándole del yugo de la esclavitud, de la servidumbre y del salariado, relegando a la historia el derecho de accesión que le despoja del fruto de su trabajo.

ANSELMO LORENZO

La razón no basta

No me convence el racionalismo, cualquiera que sea su significado. Me parece que tras esa palabra se esconde siempre algo de metafísica, de teología. Por el solo esfuerzo de la razón se construyen muy grandes cosas especulativas, pero casi ninguna sólida y firme. Y, sin embargo, muchos se pagan extraordinariamente de las resonantes palabras racional, razón, etc.

En general, ponemos escasa aten-

ción en el examen y análisis de nuestras palabras y de nuestros argumentos; olvidamos que lo que uno reputa lógico, razonable, otro lo estima fuera de toda racionalidad; y, lo que es peor, propendemos a creer firmemente que los dictados de la razón son algo universal e indiscutible.

Nada más lejos de la realidad. Contra los dictados de la razón, se ha levantado el grandioso edificio de la

astronomía; contra los dictados de la razón, han caído religiones y sistemas filosóficos en completo olvido; contra los dictados de la razón, se ha cumplido y se cumple el progreso de la humanidad. Porque es la razón humana la que ha forjado todos los errores históricos y la que ahora mismo mantiene el mundo en los linderos de la ignorancia y de la superstición. Aun los mismos que se reputan revolucionarios y hombres del porvenir, de supersticiones y de ignorancias viven, con ignorancias y supersticiones argumentan porque, encastillados en los famosos dictados de la razón, no advierten que la razón, sin la experimentación, es puramente imaginativa y egotista, no para mientes sino en la lógica personal y exclusivista del yo y se lanza a las mayores audacias desprovista de todo fundamento.

De hombre a hombre hay, en materia de lógica, verdaderos abismos. Y como no sabemos de ninguna razón infusa capaz de imponerse por sí misma a todos los humanos, forzoso será que hagamos un alto en nuestros entusiasmos racionalistas.

La naturaleza, la realidad, no es un silogismo; es un hecho. De este hecho podrá nacer el silogismo, pero menester será que el instrumento de interpretación, el entendimiento, no se equivoque para que tal silogismo sea idéntico para todo el mundo.

La misma percepción, las mismas sensaciones varían de hombre a hombre. ¿Cómo no ha de variar la traducción en ideas y palabras? ¿Cómo no ha de variar la lógica?

Si a un hombre, lo más inteligente posible, pero ajeno al mundo civilizado, se le dijera que un armatoste de acero se mantiene a flote sobre las aguas del mar, negaría en redondo semejante posibilidad fundado precisamente en los dictados de su razón. Si se le dijera que otro armatoste metálico surca libremente los espacios, negaría también, en firme, a admitirlo. Su razón, todas las razones dicen que cualquier objeto más pesado que el agua se va a fondo; que cualquier

objeto más pesado que el aire se viene al suelo.

La razón, cuando no se apoya en la experiencia, yerra o acierta por casualidad.

Pero no es necesario apelar al hombre no civilizado. Hay un hecho que da la clave de la cuestión; cuando en un tubo donde hay agua se ha hecho el vacío, el agua sube: la razón, no pudiendo explicarse el suceso, inventó el *horror al vacío*. Pero la experiencia nos permitió conocer la presión atmosférica, la ley de la gravedad y tantas otras cosas que a la razón, por sí misma, no se le habían ocurrido y entonces la razón se dió cuenta de que el agua sube por el tubo donde se ha hecho el vacío, precisamente porque no está presente la acción ó presión atmosférica. Y esta explicación que los encastillados en el racionalismo llamarían racional, no es más que una *explicación de hecho* sobre la cual la razón puede construir todavía nuevas invenciones y nuevos errores.

En realidad la razón es tan maravillosamente apta para explicarse los motivos de lo que la naturaleza le da explicado, como incapaz de fundar por sí misma una sola verdad o una sola realidad, si se quiere. En verdad que la experiencia de los siglos debería hacernos tan desconfiados de la razón como de la fe. Pero es más fácil y más cómodo imaginar e inventar que investigar pacientemente y encontrar con tanto trabajo como eficacia los hechos y las conexiones que los ligan, y de ahí que el pretendido racionalismo tenga tantos adeptos en todas las zonas y en todos los climas ideológicos.

Donde la experiencia falta, la razón quiebra casi siempre. No, no basta la razón. Todas las cosas tenidas por racionales, suelen ser infundadas y opuestas a la realidad. A lo sumo son conformes a las apariencias. No, la razón no basta. Es precisa la experimentación constante, el análisis terco y porfiado de los hechos, la investigación tenaz, y por encima de todo la *verificación*, necesariamente a posteriori, de las consecuencias deducidas,

para que la razón pueda levantarse modestamente, sin énfasis, a formular la más elemental de las verdades. Los hechos son algo más que los silogismos y mucho más que la escolástica, de que andamos aun contaminados los que presumimos de hombres del porvenir y somos pobres remedos del hombre de ayer.

Menos razones y más experiencias; menos racionalismos y más realidades; menos gimnasia de calenturientas imaginaciones y más bagaje de conoci-

mientos positivos y de hechos de naturaleza, nos harán aptos y merecedores de otras civilizaciones y de otro mundo mejor, que por el camino de las construcciones especulativas y de los disfraces de la fe andaremos siempre girando en torno de todo lo atávico y de todo lo erróneo.

Que es precisamente lo contrario de lo que, al parecer, muy racionalmente anhelamos.

R. MELLA

Historia de las ideas morales

III

Para los partidarios del materialismo histórico, el factor económico es el que determina de una manera más o menos visible, pero real y decisiva, toda acción del hombre, toda cuestión que él mismo se plantea y todo principio en que su inteligencia se fija. En otros términos, es preciso decir, tomando la posición contraria del idealismo clásico, de la ideología pura de los moralistas doctrinarios, que las condiciones materiales de la existencia son los *motores* de la historia individual y social, las razones que explican nuestros sentimientos y nuestras ideas, que prestan a esas ideas y a esos sentimientos la fuerza aparente que poseen, y que, con ellos o sin ellos, conducen la moral.

Tal es la tesis que inspira las consideraciones históricas del libro de Marx sobre *El capital*, y la que Engels define así en la *Anti Dühring*: «La estructura económica de la sociedad es siempre el fundamento real por el cual se explica en última instancia la superestructura de las instituciones jurídicas, filosóficas y otras», o más sencillamente: «Nos explicamos la manera de pensar de los hombres de una época determinada por su manera de vivir, en vez de querer explicar, como se ha hecho hasta aquí, su manera de vivir por su manera de pensar». De ahí que el mundo ideal no

es más que un efecto y un reflejo del mundo económico.

Se comprende mejor el sentido de esta teoría comparándola con una doctrina psicológica célebre, la del epifenomenismo. Según Mandsley, Huxley, Sergi, y hoy según Le Dantec, la conciencia es en la vida del individuo un aumento accidental, un aspecto subjetivo y accesorio, una iluminación de lujo, sin influencia sobre la constitución de las cosas y la marcha de los acontecimientos. Se agrega a los fenómenos corporales, y especialmente a los fenómenos cerebrales, cuando éstos alcanzan cierto grado de complicación y de intensidad; *pero es un efecto sin ser una causa*; traduce lo que sucede y no lo produce. Si se le supone anonada, si en esta hipótesis el cerebro humano continúa siendo afectado por las modificaciones nerviosas ordinarias, los hombres harán los mismos ademanes, pronunciarán las mismas palabras, realizarán los mismos actos que hoy: la ausencia del epifenómeno consciente no habrá cambiado nada en la naturaleza de los fenómenos ni en el orden en que se siguen.

En rigor, el materialismo histórico es el mismo epifenomenismo, aplicado, no a la vida individual, sino a la vida social. En el individuo, dicen los unos, el estado del cuerpo determina siempre el hecho de conciencia y le proyecta

como su sombra; jamás el hecho de conciencia suscita el estado corporal ni se expresa en él. En la sociedad, afirman los otros, el fenómeno económico produce y manda al fenómeno moral, jurídico o religioso que engendra y gobierna el fenómeno económico. Según unos y otros, los elementos físicos elevados de la vida individual o la vida social son *los signos* de un determinismo material sobre el cual no tienen acción. Ni los primeros ni los segundos son siempre fieles a su doctrina, de tal modo ésta contradice el sentimiento natural, y lo mismo que los partidarios del epifenomenismo obran incansablemente como si creyeran en la causalidad de la conciencia, los adeptos del materialismo histórico escriben y hablan en el fuego de la acción, como si las ideas morales influyeran sobre las condiciones económicas, y como si cierta concepción de la justicia pudiera modificar, popularizándose, todas las relaciones sociales; pero cada vez que adquieren conciencia de su pensamiento propio y la distinguen claramente de lo que llaman «la ideología burguesa», afirman que las realidades económicas constituyen como la substancia activa de que los otros fenómenos históricos no son sino las manifestaciones superficiales.

¿Qué valor tiene, pues, esta afirmación?

Es cierto que no somos puros espíritus, y que nuestro lugar y nuestro sitio en el sistema económico, las condiciones materiales de existencia que nos proporcionan, las relaciones o los hábitos que nos imponen o nos permiten ejercen una acción profunda sobre nuestros gustos, nuestros principios, nuestra concepción general de la vida. Pero esta influencia, por ser poderosa, no es exclusiva. Nuestras maneras de vivir, nuestras necesidades, nuestros intereses determinan en parte nuestros sentimientos y nuestras ideas; pero nuestras ideas y nuestros sentimientos determinan parcialmente nuestras maneras de vivir y nuestros mismos intereses. Si el hombre sufre

la acción de sus condiciones de existencia material, responde a esta acción con su naturaleza propia, y su misma respuesta suele modificar las condiciones que la provocan. Por tanto, su naturaleza no tiene la sencillez que le atribuyen ordinariamente los marxistas. Si es un animal condenado por las leyes de su organización a perseguir fines egoístas, es también un ser sociable, es decir, inclinado a amar y ayudar a los otros, y como ser razonable, capaz de concebir y querer entre sus asociados y él relaciones justas y racionales. Por consecuencia, cuando cambia el medio económico, ese cambio puede provocar en él movimientos muy diversos; puede conducirle a reflexiones y a prácticas egoístas, pero también suscita en su conciencia emociones altruistas ó consideraciones de derecho contrarias a sus intereses personales y quizá a los intereses de los que ama. Si toda modificación que introduce la industria en las condiciones de existencia de los hombres no sugiere a las naturalezas más bajas, más que los cálculos de un utilitarismo mezquino, en cambio suscita en las gentes de corazón, según los casos, impulsos de piedad o movimientos de alegría simpática, y en los hombres íntegros una satisfacción de justicia o el deseo enérgico de luchar contra las nuevas iniquidades que se introducen en el mundo. Y puesto que los fenómenos económicos producen efectos muy diversos según los hombres y no son sino condiciones exteriores que no obran sino a través de las fuerzas interiores y más profundas, ¿no es quimérico querer que expliquen toda la vida de los individuos y de las sociedades?

Además, para comprender que es quimérico tratar la moral de una sociedad, de una clase o de un individuo como una expresión pura y simple de fenómenos económicos, basta reflexionar que esos fenómenos económicos de que se dice que resulta, han sufrido su influencia. En efecto, el régimen de la producción y de la repartición no evoluciona sino en el cuadro que se ha im-

puesto por las instituciones jurídicas existentes, y jamás un hombre razonable excluirá de las causas de un derecho positivo la conciencia moral de la generación que le ha establecido.

Sucede también que durante el mecanismo económico, así limitado en su jugo por las ideas morales ya realizadas y codificadas, produce las consecuencias que esta coerción le permite; la conciencia moral de la generación presente vigila estas consecuencias; favorece las unas; contraría las otras; modifica el mecanismo que las engendra, y determina un estado económico muy diferente del que naturalmente se habría producido.

En Inglaterra, apenas el capitalismo floreciente acaba de manifestar sus resultados dolorosos para la clase obrera, cuando relatos, informes é investigaciones le denunciaron a la opinión pública y provocaron entre 1828 y 1832 contra las inhumanas tendencias del capitalismo una reacción sentimental, después, casi inmediatamente, una corriente «intervencionista» que, por múltiples restricciones legales, impidió al orden nuevo producir todas sus naturalezas efectos, o como diría Spinoza, realizar su esencia.

Se sigue de ahí que la moral, en la medida en que sufre la acción del estado económico, es efecto de un fenómeno complejo del cual ha comenzado por ser parcialmente la causa.

Tampoco ha de olvidarse que la moral sufre la acción de otros factores, y en particular de la ciencia. Una novedad científica, como el descubrimiento de que la Tierra no es el centro del mundo, o como la hipótesis que hace del hombre el último término de una inmensa evolución vital, explicable en toda su integridad por condiciones naturales, modifica forzosamente por sí misma, sin el concurso de causas económicas, la idea que los

hombres se forman de sus destinos y de sus deberes. Según que crean o no que el Universo ha sido creado para ellos por un Dios que los vigila y debe premiarles o castigarles, sus sentimientos o sus actos se orientan hacia fines sobrenaturales ó se apartan de esa orientación. Lo que se llama la crisis de la moral moderna es ante todo una crisis del pensamiento.

En resumen, los fenómenos que componen la psicología de la sociedad no se explican, a lo menos de una manera completa, por su estructura económica, pero las ideas morales, religiosas o de otra especie, son fuerzas originales que poseen sus leyes propias de desarrollo y cuyos efectos pueden ser profundamente modificados por las condiciones materiales de existencia de los hombres, aunque no provengan únicamente de esas condiciones. En otros términos, la civilización en sus partes espirituales es relativamente independiente de la economía, y si el materialismo histórico no percibe esta verdad, se debe a que confunde condición y causa.

«Si en las fábricas alemanas trabajaran negros o coolíes chinos—dice Menger,—jamás hubiera nacido en ellas una democracia socialista, ni aun suponiendo reunidas todas las condiciones previas del orden económico».

Bajo todo aspecto que se examine la cuestión, es preciso siempre volver a esta verdad: que un mecanismo dado de producción admite la posibilidad de relaciones muy diversas entre gentes que le poseen o le ponen en movimiento, y que no es él el que, entre esas relaciones diversas, determina la elección de las unas y no de las otras.

Conclusión: Sin desconocer la influencia del medio y la importancia de los medios económicos de acción, aun sin negar que las fuerzas morales tienen necesidad, para manifestar plena-

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribiros y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

mente su poder, de apoyarse sobre instituciones conformes a su naturaleza, es necesario afirmar contra el materialismo histórico que la historia humana no se define por una evolución material, que es un error filosófico querer mecanizar el hombre, que el progreso ha dependido desde el ori-

gen y dependerá cada vez más de las potencias del espíritu, y que, por tanto, el carácter de las ideas morales en el mundo humano es primordial y esencial. La psicología, no hay que olvidarlo, precede a la sociología.

PAÚL GILLE

La Universidad

I

Crisis del ideal universitario

Y que no es fácil determinar este ideal universitario de nuestros tiempos. La Historia ha producido diversos tipos o cristalizaciones de la vida universitaria; pero todas experimentan honda y grave crisis, que afecta, tanto al concepto mismo de la Universidad, como a su organización. Son muchas y muy complejas las fuerzas que obran en la producción de esa crisis: institución viva, social, la Universidad, no podía sustraerse al influjo de los cambios que entraña el vivir moderno; no era posible el advenimiento de la democracia, el surgir de los nuevos ideales políticos y sociales, sin que todo ello obrase en el proceso de las funciones universitarias.

Examinando detenidamente las causas determinantes de la crisis del concepto y de la organización de la Universidad, quizá podrían señalarse como influjos de mayor valor los siguientes:

1º La radical transformación del ideal de la enseñanza, que quiere ser, cada vez con más intensidad y fuerza, una acción educativa, una relación moral en todos los grados, a partir de la escuela primaria hasta el instituto científico de la más elevada investigación.

2º La creciente importancia que se da a la investigación científica pura, desde todos los puntos de vista, incluso el de la formación de las fuerzas productivas nacionales; aun considerada la Universidad como escuela pro-

fesional meramente, estímase como una necesidad de los tiempos el procurar a lo profesional una sólida base científica.

3º La conciencia, cada día más clara, de la urgente necesidad de atender en todos los pueblos a la formación reflexiva de las clases medias cultas y de las clases directoras bien preparadas.

4º La intensificación de la función educativa, como una función social que pide y exige la constitución de órganos propios, que no deberían ser otros que las mismas Universidades.

5º La atracción exterior de las necesidades sociales generales, que suscitan la acción universitaria, imponiéndole como un deber de su instituto la prestación de su concurso para la difusión de la cultura por la sociedad entera.

Por otra parte, la Universidad no puede, en país alguno, sustraerse a las preocupaciones que susciten los problemas nacionales; parece que la Universidad está llamada a ser la institución más representativa del ideal nacional, sin dejar de ser por eso el órgano más adecuado de las relaciones internacionales más expansivas.

La Universidad, por lo que respecta a su función y representación, fluctúa entre corrientes encontradas que la llevan de la tendencia predominantemente utilitaria a la científica pura, y de ésta, a la pedagógica y social. Pero

en medio de la complejidad y de la lucha de los ideales, parece dibujarse uno que nos ofrece la Universidad, como indica el señor Giner, al modo de la más alta esfera de la educación intelectual, o sea la científica; pero no reducida la acción a la mera relación del conocimiento, sino que ha de representarse la Universidad «como el superior instituto de la educación nacional en todos los órdenes de la vida». La Universidad, en tal respecto, es una prolongación intensificada de la escuela misma, y, sin renunciar en manera alguna a la formación profesional y a la formación de la ciencia, estima como su fin más propio la elevación de la vida, el cultivo del ideal, dirigiendo su esfuerzo supremo a convertir el ideal en norma de conducta.

Bien conocidos son los tipos que podemos llamar clásicos de la Universidad. «La idea de la Universidad— escribe el señor Giner,—en unos pueblos, es la de una oficina de preparación mecánica a los exámenes, como condición previa para la expedición

de certificados, títulos y diplomas, que es lo que se busca: no hay que decir cuáles son estos pueblos. En otros, es la de un centro para formar hombres de ciencia, orientados en sus varias corrientes y capaces de dirigirlos en su caso (Alemania). En otros, el grado superior de los institutos consagrados a dirigir la educación total humana, concertando y equilibrando sus diversas fuerzas en el desarrollo más enérgico de la personalidad individual: éste es el ideal clásico inglés.»

La acción de influjo de la crisis del ideal universitario, por una parte, ha determinado la disolución más o menos efectiva del tipo meramente profesional; por otra, provoca modificaciones esenciales en el proceso de las Universidades educativas y científicas; y así es indudable que «las Universidades inglesas dan cada día señales de robusto vigor intelectual», y «la Universidad alemana, como el más alto instituto de la nación, es cada vez más y más educativa, sólo que dentro de su peculiar esfera: en la investigación y en la enseñanza»¹.

II

La idea moderna de la Universidad

La Universidad debía, debe ser, además, «social»: esto es, debe tener una función social; se la impone la condición de los tiempos. No podía la Universidad aislarse encastillada en su función específica. El movimiento de las fuerzas populares en la vida contemporánea, el advenimiento del proletario como factor social de gran potencialidad, la intensificación de los sentimientos de solidaridad humana: he ahí otras tantas causas o excitaciones que han venido a romper los moldes o los muros de la Universidad aristocrática o retraída, incitándola a derramarse como lluvia benéfica por todos los campos de la vida nacional. La Universidad, pues, se ha visto en la precisión de aceptar el nuevo «deber social», para lanzarse a la obra salvadora de la regeneración de las gentes

que no pueden ir hasta ella, los distraídos y los humildes, por obra de la educación y de la cultura, y sólo a ese precio podía la Universidad ponerse a tono con las exigencias de los tiempos, para continuar siendo o para ser una fuerza viva e impulsora de su pueblo. Una demostración real e histórica de este nuevo aspecto de la vida universitaria se ofrece hoy en el movimiento llamado de «extensión universitaria», iniciado, como sabéis, por las Universidades inglesas de Cambridge y de Oxford, y traducido según su peculiar genio por las Universidades europeas y americanas. Aun podrían señalarse otras manifestaciones de esta acción social de las Universidades, acción social con fermento ético siempre:

¹ Las citas son del libro del señor Giner, *Pedagogía universitaria*.

bastaría recordar el ejemplo de las residencias universitarias en los barrios pobres de Londres, etc., etc.

No insisto, por no cansaros, en explicar estas funciones propias de la Universidad moderna; pero permitidme antes de dejar este punto que copie a continuación esta bella página, en la cual el maestro Giner bosqueja la idea de la nueva Universidad: «La nueva Universidad, cuyas líneas poco a poco van dibujándose en nuestro tiempo, tiende a ser, pues, un microcosmos. Abraza toda clase de enseñanzas; es el más elevado instituto de investigación corporativa científica; prepara no sólo para las diversas profesiones sociales, sino para la vida en su infinita complejidad y riqueza. Estimula al par, con la vocación para el saber, la reflexión intelectual y la indagación de la verdad en el conocimiento, el desarrollo de la energía corporal, el impulso de la voluntad, las costumbres puras, la alegría del vivir, el carácter moral, los gustos sanos, el culto del ideal, el sentimiento social, prác-

tico y discreto en la conducta. De esta suerte, dirige hacia un tipo de vida cada vez más completo, no el adiestramiento cerrado de una minoría presumida, estrecha y gobernante, sino una educación abierta a todos los horizontes del espíritu, que llegue a todas las clases e irradie hacia todos lados su acción vital, no sólo de conocimiento, y no digamos de mera instrucción, sino de ennoblecimiento, de dignificación, de arte, de cultura y de goce. Esa Universidad, con la extensión popular, que le da por alumnos todas las edades y las clases, la colonia rural y la urbana, la cantina, los baños, el alpinismo, la audición musical, los juegos y deportes, el periódico, el libro, la biblioteca circulante, las excursiones al campo, a la granja, al museo, a la mina, al monumento, al taller y tantas otras vías de infiltración, ahondando en la unidad del alma nacional, difunda en buen hora por todos sus ámbitos el piadoso anhelo de una sociedad y una vida cada vez más humana».

III

La Universidad y los problemas nacionales

... Mediante la expansión de la cultura, realizada por obra de movimientos generosos de la Universidad, puede ésta muy bien contribuir, especialmente en los grandes centros urbanos, a suavizar las asperezas que es notorio existen entre las clases sociales, y que son la revelación clara y evidente de cómo se producen los problemas del trabajo, candentes más o menos en todos los pueblos cultos, progresivos, de gran comercio y de industria concentrada. Ni basta para que esas asperezas no sean un hecho doloroso, que exista un bienestar material relativo, ni que las condiciones de la vida sean en general fáciles; aparte de que en los grandes remansos urbanos y en las grandes aglomeraciones obreras se paga siempre un buen contingente de miseria social, no debe olvidarse que la cuestión que late en las asperezas de las clases sociales, no es sólo

una cuestión económica: la cuestión social no es, precisamente, una cuestión de estómago; el problema es más hondo y más complejo, yo diría que es asunto de ética y psicología. Trátase de aspiraciones a un mejoramiento total de la vida, a una transformación radical de las condiciones sociales, para exterminar, en la raíz misma, la miseria fisiológica y la miseria moral. No es sólo cuestión de más salario y de menos horas de trabajo, es también cuestión de más cultura y de dignificación de la persona humana, a la que repugna la situación de dependiente o sometida, y que quiere que se le reconozca, en todo momento, como colaboradora en la producción de la riqueza y en la formación de las fuerzas sociales. Y no vale razonar contra la evidencia de los hechos: ellos son notorios.

ADOLFO POSADA

La Constitución del Universo ¹

El átomo fluído

La necesidad primordial de la Humanidad, es la de la verdad.

CLEMENCE ROYER

I

La CONSTITUCIÓN DEL MUNDO, de CLEMENCIA ROYER, es una de las obras más originales y de más alcance que han sido escritas sobre los problemas de la ciencia moderna y, particularmente, sobre los misterios del Cosmos. Sin embargo, este trabajo admirable es casi desconocido aun en Francia. Muy voluminoso, muy profundo, lleno de fórmulas y demostraciones matemáticas, el libro de Clemencia Royer se dirigía sobre todo a los sabios. Pero los sabios, en su mayoría, se negaron a estudiarlo, a discutirlo o siquiera á leerlo. La tristeza que causó al autor esta cruel indiferencia de sus colegas hacia una obra que es realmente prodigiosa y que representaba veinte años de trabajo asiduo, obscurió los últimos años de esta mujer extraordinaria, a quien la posteridad hará ciertamente justicia.

Algún tiempo antes de su muerte, me manifestó la esperanza de que, un día, alguno de sus discípulos emprendiera la tarea de vulgarizar sus trabajos, sus teorías, sus descubrimientos, y encontrara en el pueblo la simpatía y el aliento que la ciencia oficial le negaba. Varios hemos sido los que hemos hecho conocer, en periódicos franceses o extranjeros, algunas de las enseñanzas de la gran mujer o que las hemos aplicado a la solución de las cuestiones que nos preocupaban: en Bélgica, el ilustre profesor Jules Félix; en Méjico, el gran naturalista Alfonso Herrera; en Francia, los hermanos Albert y Alexandre Mary, Georges Renaudet, el doctor Foveau de Courmelles, F. Schrader, Emile Hureau,

Émile Caffin, Serge Bernard y, sobre todo, Aristide Pratelle, quien no ha cesado de defender las ideas de Clemencia Royer en muchas Revistas —científicas o sociológicas— de Francia y del extranjero. He ahí por qué Aristide Pratelle era el llamado a realizar la obra de vulgarización anhelada, obra más necesaria hoy que nunca, en momentos en que la Metafísica, volando en socorro de la Religión acorralada, hace un asalto formidable a la Ciencia, cuya bancarrota definitiva pretende establecer, negando descaradamente las conquistas del pasado y quitándole el derecho de proseguir sus investigaciones, a menos de consentir en adaptar sus conquistas futuras a las exigencias de un dogma sobrenatural, impuesto por las autoridades de la Ciencia Oficial.

A los que quieren reaccionar contra esta tiranía, que es un ultraje a la razón humana, será de gran utilidad el trabajo de popularización de Aristide Pratelle. Por eso he aceptado con entusiasmo y con ardor la invitación a colaborar, con algunas líneas de prefacio, a la obra, tan hermosa como útil, de un amigo que amo y de un sabio que admiro.

TARRIDA DEL MÁRMOL

II

El átomo fluído de Clemencia Royer, por la tendencia a la expansión total de su ser, por su rebusca constante de la felicidad, del equilibrio de la libertad, es la afirmación más brillante del «querer vivir» y el punto de partida de una filosofía nueva definitivamente opuesta al escepticismo y a las «negaciones de la voluntad».

¹ Traducimos los siguientes trozos por encargo particular del sabio amigo Pratelle. No emitimos opinión personal.

E. J. R.

Y es porque esta renovación filosófica puede ayudar a la evolución de la humanidad por lo que aplaudo la obra de difusión que emprende Aristide Pratelle.

SERGE BERNARD

III

El siglo xx será el gran siglo de la síntesis de todas las ciencias. Él construirá el maravilloso edificio de la ciencia positiva, social, internacional y universal, el único que podrá impedir la guerra y establecer definitivamente el reino de la paz entre todos los hombres.

JULES FÉLIX

IV

A la aurora del siglo xx, un gran acontecimiento filosófico se ha producido, un acontecimiento comparable en importancia al descubrimiento de la imprenta por Gutenberg y del anteojo astronómico por Galileo: la publicación de la obra de Clemencia Royer, *La Constitución del Mundo*, coronamiento supremo de su labor enciclopédica.

Dándonos en fin una explicación lógica de los grandes fenómenos del Cosmos, esta obra única abre al espíritu humano horizontes, por decir así, sin límites. Gracias al esfuerzo a todos respectos prodigioso de Clemencia Royer, el «Newton francés», el átomo elástico, automotor y vivo de Demócrito entra definitivamente en la ciencia.

Clemencia Royer murió en febrero de 1902 en el Asilo Galignani (Neuilly-sur-Seine). Desde entonces, su obra inmensa parecía olvidada. Es a fines de 1906 cuando Aristide Pratelle pensó en completarla, retocarla y vulgarizarla. Al principio, las dificultades fueron considerables. Nadie, en el mundo sabio ó en el público, mostraba conocer la doctrina y comprender su perfecta lógica y su inmenso interés. No obstante, poco a poco, Pratella ha logrado hacer algunos adeptos. Así se

ha constituido naturalmente un pequeño núcleo de «desmontadores» que, por desgracia, corren riesgo de agotar sus fuerzas por falta de medios de investigación y de propaganda. Este pequeño núcleo de espíritus filosóficos que, á pesar de la penuria de sus medios de acción, irá siempre creciendo, es la escuela de los «neodinamistas», vecina por sus tendencias de la escuela de los plasmogenistas, a la cual ha venido a traer nuevas luces. Si son poco numerosos aún, los neo-dinamistas tienen en cambio la ventaja de poseer un conjunto de verdades seguras sobre la naturaleza de las cosas, verdades aún desconocidas por la mayoría de los espíritus de progreso, que pierden mucho tiempo en buscar truísmos ya descubiertos y explicados desde una década, al menos.

Pero todas esas verdades, teóricas ó prácticas, no son más que las partes de una gran verdad sintética que se extiende al Universo entero y permite comprender integralmente su mecanismo; principio-axioma cuya admisión ilumina con luz deslumbradora todos los dominios del pensamiento y de la actividad humanas. Por la fuerza misma de su evidencia, las verdades axiomáticas de la filosofía sintética se impondrán fatalmente tarde o temprano a los espíritus conscientes y lúcidos de todas las razas, realizando su libre acuerdo y creando entre ellos una red de mutuas relaciones. Así y solamente así podrá fundarse una INTERNACIONAL DEL PENSAMIENTO viable y digna de este nombre, porque se apoyará en el reconocimiento universal de las verdades racionales. La razón de ser y el fin de este llamamiento son precisamente el proclamar la existencia de estas verdades racionales ante todos nuestros hermanos terrestres que las ignoran y el constituir en breve la Internacional de la Libre Investigación y del Libre Saber.

Teniendo por fin y razón de ser la difusión de la verdad en todas sus formas, la *Internacional del Pensamiento* se inspirará constantemente del principio de la unidad primordial de la

sustancia universal bajo la maravillosa diversidad de sus aspectos y fenómenos. Considerando la ciencia como una inmensa síntesis cuyas partes dependen estrechamente unas de otras, la Internacional del Pensamiento proseguirá el estudio de la naturaleza desde el átomo elástico y fluído hasta el *homo sapiens*, desde la materia bruta hasta el pensamiento de una raza que aspira a su más completo desarrollo y a su perfección absoluta, en el seno de una organización social normal y basada en el reconocimiento de las leyes naturales. Verdadero sindicado de mutua ayuda y de libre armonía, esta falange de hermanos, unidos por su común reconocimiento de las verdades sintéticas, se aplicará en toda ocasión a mostrar el camino a las sociedades intelectuales actualmente existentes. Ella constituirá como el complemento y lazo lógico de los grupos independientes y realmente ilustrados de cada país; tales como *The Rationalist Press Association*, de Londres; *The Francis-*

co Ferrer Association, de New York; *The International Intelligence Institute*, de New York; y todo lo que sea realmente justo y digno de interés en el movimiento filosófico actual del Antiguo Continente. Abierta a todos los espíritus de progreso, la Internacional del Pensamiento no reclama más que la aceptación de los principios fundamentales de la Filosofía Sintética. Para su desarrollo ulterior, que depende directamente de la generosidad e iniciativa de sus adeptos, ella cuenta, pues, con el concurso activo y en todas las formas posibles de los amigos sinceros a quienes interese su idea directora.

ALBERTO Y ALEJANDRO MARY,
Presidentes de la Internacional del Pensamiento

NOTA: para toda clase de informaciones, dirigirse a

ARISTIDE PRATELLE
12 rue de Clermont.—Beauvais (Oise).—Francia.

La mujer

La he visto en el Norte, encorvada sobre el surco, labrando el suelo con ansias y afanes de bestia. La he visto en el Mediodía celada, reclusa, esclava de los prejuicios sociales, objeto para su dueño de lujo y sensualidad. En el taller se la oprime y se la seduce. En la fábrica se la explota y apenas se la paga. Se aprovecha su miseria para deshonrarla y se la menosprecia después. Engañarla vilmente es para el hombre gran victoria de que se ufana. Más razonable, más dulce, más sumisa, soporta en las clases inferiores de la sociedad toda la pesadumbre de la vida: al padre holgazán, al marido borracho, al hijo díscolo e ingrato. La señorita de nuestra triste burguesía aguarda resignada al varón que ha de asegurar su porvenir librándola de la indigencia. La dama del gran mundo reina en una corte de convención, sobre un trono de talco,

ajena a todo lo que eleva y ennoblece la existencia, rodeada por una atmósfera malsana de elegante frivolidad.

¡Y decís que la habéis emancipado! ¡Y aseguráis que el Mesías ha venido también para ella! No, la hora de su emancipación no ha sonado todavía; su Mesías aún está por venir. Vosotros, hombres de fe, ¿qué habéis hecho sino persuadirla de lo irremediable de su servidumbre, hacerla adorar sus cadenas, nutrir sus almas con las creencias destinadas a eternizar su cautiverio? Vosotros revolucionarios, ocupádos en hacer y deshacer constituciones, ¿cómo no habéis pensado en que toda libertad será un fantasma mientras viva en esclavitud la mitad del género humano?

¡Y luego las matan! Ya se ve, ellas quieren tanto! En este país ultracatólico y protohidalgo el asesinato de la mujer se va erigiendo ya en costum-

bre. Tener novio es, para una mujer, peligro mortal. No puede una mujer defender su honor contra las brutales exigencias de un macho imperioso o rechazar las asiduidades de un importuno o cansarse de los galanteos de un imbécil sin gravísimo riesgo de muerte. Para los galanes que ahora se estilan, la dama de sus preferencias está obligada a soportarlos o morir. A esta especie de crímenes pasionales se les llama homicidios por honor... ¡Por amor! ¡Singular amor es ese que no procura el bien del objeto amado sino que le destruye y aniquila! ¡Amor sin

generosidad, sin grandeza, sin sacrificio; que no sabe sufrir, ni inmolarse, ni perdonar; pasión de fiera, apetito de bestia, mezcla impura de concupiscencia y soberbia!

Matar es nuestro lema. Matamos por Dios, matamos por el orden, matamos por cariño. ¡Qué especie de raza es esta raza nuestra en que la religión se hace fanatismo, la política corrupción y hasta el amor, el santo, el divino amor, padre de la vida, se convierte en asesinato!

A. CALDERÓN

De todo y de todos

Solamente queremos a los buenos en acción.—Hemos dicho y repetimos que no pertenecemos a ninguna manada. No aceptamos compromisos por ideas. El mundo de los pensamientos no nos preocupa sino en segundo lugar. Ante todo nos importa el mundo de los hechos. No somos amigos de cuantos parecen tener nuestras propias ideas. Sólo queremos la amistad de los *buenos en acción* que conocemos, aun cuando sus credos sociales o religiosos sean enteramente diversos de los nuestros. Las músicas celestiales, que no influyen en la conducta de los hombres, nos tienen sin cuidado.

Francoas declaraciones.—Tomamos nota de las hermosas declaraciones de nuestro ilustre colaborador Paul Gille (Bruselas, 12 de Abril 1912), Las resumimos así:

Tengo horror del colectivismo, tanto como del individualismo. Ambos son expresiones, ambos son polos del autoritarismo.—No profeso la «religión de la democracia» ni el culto de la autocracia. Soy «ácrata», como dicen los compañeros españoles, y todas las «cracias» me repugnan. Rechazo tanto el derecho del número como el derecho divino.

El jubileo de Flammarión.—El 26 de Febrero último se verificó, en el Hotel de las Sociedades Sabias, de

París, una fiesta solemne en honor de los 70 años del sabio poeta Camilo Flammarión y del 25º aniversario de la fundación de la Sociedad Astronómica de Francia.—Oigamos siquiera una palabra del discurso de H. Poincaré:

«... Y vino un poeta que ha sabido describir los paisajes de los cielos y hacerlos amar por quienes no los conocían o no sabían mirarlos bien. Este poeta es Flammarión. Canta, y las soledades celestes se animan; los astros no son ya puntos matemáticos sometidos pasivamente a ecuaciones diferenciales, son mundos, espléndidamente adornados de colores, en donde hay acción y hay vida y amor...»

El Universo, sér vivo.—*L' Univers, etre vivant* es el título de una obra original de M. Kuckuck (Ginebra, Kundig editor). Citemos algunas conclusiones del autor:

El Universo, increado e indestructible, en transformación perpetua, es un sér vivo único, eterno, omnipotente; todos los cuerpos cósmicos, comprendiendo en ellos nuestro planeta con sus habitantes, no son más que los órganos de este sér.—La vida o la energía actual de todo sér, sea electron, astro u hombre, no es sino una misma energía primordial, el magnetismo cósmico, en diferentes modifica-

ciones o formas cinéticas en los diferentes seres.—Una sola materia eterna, el éter, constituye el Universo; una sola vida eterna, el magnetismo cósmico, lo anima.—El procedimiento de organización y de revivificación es un procedimiento de ionización.

El autor sostiene que las mezclas acuosas de sustancias minerales y de sustancias orgánicas inertes obtienen mediante la ionización (por el bario y el radio) las formas y las funciones de la sustancia organizada viva, esto es, las formas y funciones de los organismos primitivos.

La humanidad de los animales.—«El ejemplo viene de abajo», decía Darwin, y Juan Kerleq cita muchas pruebas de la verdad que encierran tales palabras (*Revue Rose*, 18 de Mayo de 1912). Escojamos cuatro: 1. Cuando una araña envejece, su goma se espesa, se seca y deja de ser dúctil, de modo que el animal no puede hacer su tela. Entonces, una araña joven y vigorosa cede sus redes a la impotente y se va a establecer en otra parte. (Observación ya hecha por Buffon).

2. Una gata había dado a luz cuatro gatillos. Por orden del dueño, un notario de Argentan, le quitaron tres y los echaron a un río. Dos se ahogaron casi instantáneamente; el tercero, más fuerte, lograba mantenerse a flote. Atraída por los quejidos, acudió una perra de caza. Conmovida, se echó al agua, nadó valientemente, cogió con el hocico al gatillo y se lo llevó al cajón en que estaban los propios pequeños.—El notario, en vista de tal acto de generosidad, no quiso quedarse atrás y consintió en que la perra cui-

dara de la criatura que había salvado.

3. Nansen cuenta que en las regiones polares encontró cierta vez una foca ciega guiada por dos compañeras, que prefirieron exponerse al encuentro de los hombres antes que abandonar a la enferma.

4. Una tarde, a orillas del Sena, en París, emporio de cultura bípeda, estaban jugando unos cuantos muchachos, cerca del puente de Los Inválidos. De pronto, uno de ellos descubrió un perro abandonado que dormía al sol. Corrió, lo amarró con una cuerda y propuso a los demás que se le ahogara. Ni uno protestó. Arrastraron al perro y lo echaron al agua. El triste animal, enfermo y medio paralítico, desesperado, fué arrastrado por la corriente. Iba ya a desaparecer cuando, de repente, se lanzó en su ayuda un magnífico terranova perteneciente a un marinero del vecindario. Después de varias tentativas infructuosas, logró por fin el terranova asir de la piel del cuello al congénere agotado y lo condujo al muelle.—Tal rasgo de abnegación no conmovió a los muchachos. Apenas se alejó el terranova, cogieron de nuevo al perro enfermo y lo botaron al agua.—Por segunda vez, logró salvarlo el humanitario terranova: pero indignado del *cinismo* de los jovencitos, se lanzó contra ellos y mordió al primero que alcanzó. Los otros se dispersaron a carrera tendida.—Algunas personas habían seguido de lejos las peripecias del drama. El terranova fué agasajado, y una vendedora de periódicos, enternecida, adoptó al pobre animal.

ERRATA importante: RENOVACIÓN, Nº 35, línea 22: donde dice *mística* debe leerse *mítica*.

Acusando recibo

La question du sel pendant la Révolution.—(La cuestión de la sal durante la Revolución, Honoré Champion edit., París 1912), por OTTO KARMIN, Doctor en Filosofía, Privat-docent en la Universidad de Ginebra, Encargado de Curso en el Colegio

Libre de Ciencias Sociales de París. Laboriosa investigación de historia económica, importante capítulo de la guerra social en Francia de 1789 a 1795. Le sirve de encabezamiento el siguiente trozo de Buffon:

«No podemos dudar que haya en

Francia minas de sal gema, puesto que conocemos gran número de fuentes saladas, aun en las provincias más alejadas del mar; pero la busca de esas minas está prohibida y aun el uso del agua salada está prohibido por una ley fiscal, que se opone al derecho tan legítimo de hacer uso de lo que la naturaleza nos ofrece con profusión; ley de proscripción contra la comodidad del hombre y la salud de los animales, que deben participar, como nosotros, de los beneficios de la madre común y que, por falta de sal, no viven ni se multiplican sino a medias; ley de desgracia o mejor, sentencia de muerte contra las generaciones por venir, fundada en el error y en la ignorancia, pues el libre uso de este artículo, tan necesario al hombre y a todos los seres vivos, haría más bien y sería más útil al Estado que el producto de la prohibición; porque sostendría y aumentaría el vigor, la salud, la propagación, la multiplicación de los hombres y de todos los animales útiles. La gabela causa más daño a la agricultura que el granizo o la helada: los bueyes, los caballos, los carneros, todos nuestros primeros ayudantes en este arte de superior necesidad y de real utilidad, necesitan todavía más que nosotros la sal que antes se les ofrecía como condimento de su insípido herbaje y como preservativo contra la humedad pútrida de que los vemos perecer; tristes reflexiones que yo compendio diciendo que la aniquilación de un beneficio de la naturaleza es un crimen de que no se habría hecho jamás culpable el hombre si hubiera comprendido sus verdaderas intereses». (*Histoire Naturelle des Minéraux*, 1783).

Les Préentions du Catholicisme Contemporain. — (Lausanne, 4 rue de la Louve), por OTTO KARMIN.—Folletto muy útil al que desee conocer las intenciones de la Iglesia Católica y las reivindicaciones que ella formula al tomar la ofensiva contra la sociedad civil.

Le Mirage de la Vertu (París, libr. Armand Colin), por ALBERT

BAYET.—Sin cesar, se habla de mérito y de virtud. ¿Será esta la manera de hacer mejores a los hombres? Quiere uno ser virtuoso, cree serlo y tiene la conciencia tranquila... ¿Sabéis lo que esta serenidad oculta a menudo?—El egoísmo satisfecho, la resignación a los sufrimientos ajenos.

No nos dejemos seducir por «la ilusión de la virtud». Nuestro papel no es de hacernos admirables, sino de combatir y atenuar los dolores que nos rodean. No estemos tan contentos de nosotros mismos: el hombre más justo, quiéralo o no, se encuentra asociado a grandes iniquidades colectivas. Tomemos parte, sin orgullo, en la obra infinita que, de siglo en siglo y en mil formas, tiende a suprimir el mal. La felicidad que así encontraremos será precisamente la que hayamos dado a los demás.

Tales son las ideas que el autor defiende con una serie de ensayos y de cuentos.—AD.

Transiciones. — VÁZQUEZ YEPES. (Sociedad General de Publicaciones, Barcelona (España), Diputación 211)

«Este puñado de versos, dice el Autor, forma el rezago de la producción mía en diversas épocas. Algunos, abandonados en diarios y revistas, no habían pasado á un volumen por descuido; otros, perdidos entre el montón de mis papeles y faltos de corrección, salen ahora por primera vez al público sin esa misma corrección que necesitaban. Y es porque, cuando el estado de alma que los produjo ha desaparecido, ya no se siente voluntad alguna para corregirlos».

Transcribimos algunos versos:

«Nuestra vida,
es la inmensa actividad del protoplasma.
El amor es una diástole
con que incita el corazón á la plegaria.
Este mismo pensamiento
—que parece que surgiera de la nada—
es la luz fosforescente
que el cerebro en combustión, de sí rechaza.

Son las penas y la dicha,
formas raras
de las mil transformaciones fisiológicas
de las células que surgen y las células que
acaban.»

ALMACÉN DE VÍVERES

Tejidos de todas clases,

Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

FOLLETOS EN VENTA

Céntimos

Aspecto social de la lucha contra la tuberculosis, conferencia por el Dr. Queraltó.	0.25
El poseedor romano, A. Lorenzo.	0.15
La libertad, Bernardo Lazare.	0.10
La Jaula, cuadro dramático, por Luciano Descaves.	0.25
En tiempo de elecciones, por Enrique Malatesta.	0.05
La unión revolucionaria, J. Grave.	0.10
La mujer desde el pasado al porvenir, José Sergi.	0.10
El problema de la población, Sebastián Faure.	0.10
El individuo y la masa y La Educación de la libertad, A. Pellier Peraire.	0.10
La mujer esclava, René Chaughí.	0.05
Palabras de actualidad, por Anibal de Pretti.	0.15
Ni Dios ni Patria, por Benjamín Mota.	0.15
Cómo vivimos y cómo podríamos vivir, por William Morris.	0.15
¿Dónde está Dios?, M. Rey.	0.10
¡Ser Madre!, por Blanche Leroy.	0.05
A los campesinos.	0.05
Entre campesinos, E. Malatesta.	0.20

CANJES DEL EXTERIOR

- «Regeneración».—914, Boston Street.—Los Angeles, Cal. (U. S. A.)
- «¡Tierra!» — Apartado 1316. — Habana (Cuba).
- «Tierra y Libertad».—Calle Cadena, 39, 29, 13—Barcelona (España).
- «Les Temps Nouveaux», 4, rue Brocca.—París (Ve) (Francia).
- «Educación Sociológica», Durazno, 182.—Montevideo (Uruguay).
- Agrupación «Tiempos Nuevos», Minas, 259.—Montevideo (Uruguay).
- «Infancia».—Curriales, 14, altos.—Montevideo (Uruguay).
- «Cultura Obrera», 229, West St.—New York (U. S. A.)
- «Despertar».—Durazno, 103.—Montevideo (Uruguay).
- «Freedom».—127, Ossulston St.—London (N. W.)
- «La Acción Obrera». — México, 2207.—Buenos Aires (Rep. Arg.)
- «A Guerra Social».—Casilla Postal, número 1427.—Río Janeiro.—(Rep. Brasil).
- «... hors du troupeau».—29, rue Reconvrance.—Orleans (Francia).
- «Luz y Vida».—Casilla 62.—Antofagasta (Chile).
- «La Protesta», de Buenos Aires.
- «Ideas». — Calle Yaguaron, N° 473.—Montevideo (Uruguay).

CUESTIONES CIENTÍFICAS

LA ÚLTIMA NOTA

En algo habían de parar las últimas conmociones sísmicas. El cambio prodigioso del lugar de las tierras, tiene a todo el mundo justamente alarmado.

Gracias a él, ya no necesita uno moverse de aquí para estar en París. Vaya el que quiera a la **7ª Avenida**, número 247, cincuenta varas al Este de la Pulpería de Limón, y se encontrará de buenas a primeras con un **PETIT PARIS**, que es una delicia.

En una casa honorable, abierta sólo a las buenas personas, un chico industrioso ha establecido un salón la mar de comfortable y decente, en el cual le son servidos al visitante por manos invisibles como en los cuentos de las mil y una noches:

Café delicioso, del mejor que se produce en esta tierra clásica del aromoso fruto;

Tosteles especialmente fabricados por manos de artista en el ramo;

Helados como nunca se han hecho en Costa Rica, como que son preparados con leche de la famosa y nunca bien ponderada *Patricas* y hielo de la afamada *Fábrica de Cuestemoras*;

Comidas sanas, nutritivas y abundantes, a la hora que se soliciten,

y **Cenas** maravillosas, sólo comparables a la bíblica cena.

*Todo a precios económicos.

Si es usted persona honorable y desea encontrar un rinconcito soñado en donde dar expansión a sus gustos sin que ello le cueste la mitad de su sueldo, vaya al **PETIT PARIS**, que no cierra sus puertas hasta la una de la noche. Lleve también a su esposa, a sus hijas y á sus amigas. No hallará allí nada que pueda contrariarlo, y sí mucho que pueda seducirlo.

Bueno, ¿contamos con usted?